

EL HERMANITO PERDIDO

Por *Elena Welch*

-¡MAMA, no te aflijas! -exclamó Amelia-. ¡No sigas tratándome como a un bebé! Yo puedo cuidar de Carlitos. Ya soy grande.

-Sé que eres grande, querida -dijo la madre, y en Su voz se advertía preocupación-. Es que no quiero que pase nada.

-No pasará nada.

La madre sonó ante la actitud decidida de su hija.

-Está bien, querida -dijo y la besó-. Sólo ten cuidado de vigilar a tu hermanito continuamente para que no vaya donde no debe.

-Muy bien.

-Si llegara a pasar algo, puedes llamarme a la casa de la Sra. Bertón.

-Está bien -respondió Amelia un poco impaciente.

Al llegar a la puerta, la madre se detuvo nuevamente.

-Si tan sólo hubiera podido conseguir la niñera -murmuró; pero advirtiendo la expresión en la cara de su hija, le tiró un beso con la mano y cerró la puerta.

¡Cuándo comenzaría la mamá a confiar en ella! "¡Tú crees que soy una niñita de dos años!" murmuró Amelia. "¡Yo puedo cuidar de Carlitos!" Luego se arrodilló al lado de su hermanito, que estaba sentado en la alfombra de la sala jugando con unos cubos. Carlitos trató de añadir otro cubo a la pila, pero ésta se cayó y los cubos se esparcieron por el suelo. Carlitos hizo pucheros.

-No seas llorón -le dijo sonriente Amelia y comenzó a construir la pila de nuevo. Y así siguieron jugando.

Unos minutos más tarde fueron interrumpidos por una llamada a la puerta.

-¿Quién es? -preguntó Amelia.

-Soy yo, Nancy.

Amelia corrió a la puerta para hacer pasar a su mejor amiga.

-¡Tendrías que ver la nueva casa de muñecas que papá me trajo! ¡Ven a mi casa! -dijo Nancy tirándola de la manga a Amelia.

-¡Una casa de muñecas nueva! ¿Con todo? Voy... -Pero repentinamente Amelia recordó algo-. ¡No puedo! Tengo que cuidar a Carlitos.

Y añadió con un aire de importancia:

-Mamá no está y yo estoy encargada de mi hermanito.

-¿No puedes venir aunque sea por un minuto?

Amelia se moría de ganas de ver la casa de muñecas, pero sacudió la cabeza.



-No puedo.

-¿Por qué no llevas también a Carlitos? Estaremos en el patio de atrás y allí lo puedes vigilar.

A Amelia se le iluminó el rostro.

-¡Esa es una gran idea! Espera un minuto que nos pondremos los abrigos.

Unos minutos más tarde los tres niños se habían instalado en el patio de Nancy. Carlitos se entretenía mirando una mariposa que volaba de flor en flor, mientras las dos niñas estaban admirando la nueva casa de muñecas. Cuando Carlitos comenzó a correr detrás de la mariposa, Amelia levantó la vista:

-Carlitos, quédate aquí, en el patio -fue la orden firme que le dio. El se dejó caer sobre el césped.

De vez en cuando Amelia recordaba echar una mirada para ver dónde estaba su hermano. Se sentía orgullosa de que estuviera cuidándolo tan bien. Pero después de un rato se interesó tanto en la casita que se olvidó de Carlitos.

Cuando recordó de mirarlo de nuevo, no estaba donde esperaba que estuviera. Le pasó un escalofrío por el cuerpo, y el corazón le comenzó a latir con violencia. De un salto se puso de pie.

-¡Carlitos! ¡Carlitos! -comenzó a llamar. Salió del patio y fue a mirar a la calle. Carlitos había desaparecido.

-¡Carlitos! -volvió a llamar. ¿Dónde podría estar? ¿Qué le habría pasado?

-Quizás se fue a tu casa -sugirió Nancy.

Amelia corrió a su casa. ¡Tenía que encontrarlo!

-¡Ojalá, ojalá que esté allí! Carlitos no estaba en la casa. Descendió de nuevo por los escalones del frente. ¿Qué haría? ¿Y si le había ocurrido algo? ¡Tal vez se había lastimado o lo habían robado! Se estremeció.

-¿Qué le diré a mamá? Amelia buscó por todos los lugares en que pudo pensar. ¿Dónde se habría ido? Dio vuelta a la manzana corriendo, y con cada paso que daba aumentaba en ella el temor que la embargaba. ¡Tenía que encontrarlo!

Cuando Amelia regresó a la casa estaba casi llorando.

-¡Si tan sólo no hubiera ido a la casa de al lado para jugar con Nancy!

Pero era muy tarde para decir lo que debiera haber hecho.

-Mamá nunca más me tendrá confianza, y si le pasa algo a Carlitos, será todo por mi culpa.

Amelia se sentía mal. ¡Si a lo menos hubiera vigilado a Carlitos!

La Sra. García, que vivía en frente, venía hacia la casa de Amelia. Amelia levantó la vista. ¿Quién era ese muchachito que la acompañaba? ¡Era Carlitos! Amelia casi se puso a reír a carcajadas cuando salió corriendo a su encuentro.

-¡Carlitos! ¡Carlitos! Era todo lo que podía decir mientras lo apretaba. Carlitos se escurrió de sus brazos.

La Sra. García sonrió.

-Lo vi persiguiendo una mariposa por la calle -explicó-. Yo sé que la mamá no lo deja cruzar solo la calle de modo que fui corriendo y lo recogí. Luego lo llevé adentro para darle un poco de limonada.

-Gracias -dijo Amelia y sintió que le ardía la cara bajo la mirada de la Sra. García-. Yo tendría que haber estado cuidándolo.

Un poco más tarde, cuando la mamá regresó a la casa, Amelia no sabía cómo explicarle lo que había ocurrido. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Sabía que tendría que contárselo a su madre. De modo que entre sollozos lo hizo tan rápido como pudo. La madre la rodeó con sus brazos.

-Mi pobre niña -murmuro-. ¡Qué terrible debe haber sido eso para ti!

Al oír la cariñosa voz de su madre, Amelia lloró aún más fuerte.

-Lo siento. Ahora nunca más confiarás en mi.

-¡Claro que confiaré, querida! Esto te ha enseñado una buena lección. Cuando tienes un trabajo que hacer, especialmente uno que es tan importante como cuidar de tu hermano, debes hacerlo lo mejor que puedas y no irte a hacer alguna otra cosa.

-¡No lo haré más! ¡Nunca más! Te lo prometo.

Amelia se refugió en los brazos de su madre y se propuso que cuando le diera otra oportunidad, cuidaría de Carlitos tan bien que la mamá se sentirla orgullosa de ella. Haría cualquier trabajo que se le encargara tan rápidamente y tan bien como pudiera. ¡Por cierto que había aprendido la lección!